

Camila Fernández Ghilioni

# Destapar la olla

Los efectos del dispositivo #Cuéntalo  
en jóvenes de la ciudad de Rosario

*Para Rosario  
y para mis mujeres*

*Tener el celu en la mano es como tener  
un abismo en la mano.*

MARIANA ENRIQUEZ

Las calles de Rosario acostumbran al murmullo. Los rumores doblan a la vuelta de la esquina, flotan por encima de bocacalles llenas de mugre y de hojas secas. Vuelan por los cimientos y por las redes. Los clicks vertiginosos comparten al instante un mensaje, una opinión, un pensamiento. Viajan palabras en diferentes formatos. Palabras virtuales, susurros, gritos, notificaciones. Entre quienes habitan la ciudad, se repiten frases conocidas. Una ciudad con alma de pueblo. Pueblo chico, infierno grande.

En el otoño de 2018, dos amigos iban a tomar una birra a N40, pasaron por enfrente de la pana-

dería y vieron por el vidrio a dos buenos conocidos. Se miraron entre los cuatro, se saludaron tímidamente y se juntaron en la vereda. En el bar se encontraron con otros dos. De repente eran un grupo de jóvenes predispuestos en círculo en una noche casi fría, en donde se intersectan las calles Balcarce y Mendoza. Algunos eran muy amigos, otros muy conocidos, otros un poco más lejanos. Cuatro de los chicos usaban campera, otro gorro y bufanda, la chica cancanes. Cuando formaron la ronda, guardaron los celulares en sus bolsillos y se quedaron en silencio. Cruzaron miradas desorbitadas, confusas, sorprendidas, y dijeron en un coro a destiempo: “No lo puedo creer”.

La “noticia” voló. ¿Eran tres? ¿Cinco? ¿Cuatro? Cuatro. Cuatro testimonios. Todos iguales. Cuatro chicas. Un *modus operandi*. Eran sus amigas, se ponían en pedo, iban a dormir a su casa y después tenían flashes de él desvestiéndolas. De él encima.

Los chicos parecen asustados y se ponen a pensar. En lo que hicieron con otras mujeres; en si alguna chica con la que estuvieron tendría algo que decir; en si alguna vez abusaron, acosaron, maltrataron, violaron. Capaz alguna se sintió ofendida. Capaz alguna los escracha y ellos ni saben. Se pusieron a pensar en si hicieron algo mal. Y, si hicieron algo mal, ¿cuál sería el castigo? La chica

de las cancanes piensa en qué loco todo eso que estaba pasando. Y si bien las calles acostumbraban al murmullo, esa noche parecían afónicas. En el aire ya no viajaban los rumores, sino más bien un silencio incómodo de cautela colectiva e individual. Porque las olas arrastran a todos. A cada uno. Y esa era una ola nueva, pesada, poderosa, escandalosa, definitiva.

El grupo de amigos-conocidos se dispersó. Cada uno siguió con su plan nocturno con su compañero inicial, pero ninguno pudo cambiar de forma radical el foco de la conversación. Sacaban sus propias conclusiones, se preguntaban por los escraches a los otros pibes, se preguntaban por las pibas y por cómo se seguiría de ahora en adelante. Además, todos le daban vueltas al mismo enigma: “¿Dónde estará Alan?”

¿Quién es Alan?

## 1. Miranda

A los trece años empezó la secundaria y conoció al mejor amigo de su actual mejor amiga. Al cabo de un año empezaron a salir. Alan fue su primer novio, su “primera experiencia de noviazgo”, como ella dice.

Miranda lleva un andar apresurado. Se mueve y habla de manera hiperactiva, tajante y decidida. Despeina un poco sus rulos negros y se sienta en la mesa del bar con las manos sobre las rodillas. Cuando se acuerda de Alan, menciona que, como era más grande, había cierta admiración. Ella tenía catorce y él dieciséis. Si bien no eran muchos años, sostiene que en esas edades la diferencia se nota un poco más. De todas maneras, reconoce que ella siempre tuvo un carácter muy fuerte y eso

hizo que, a pesar de las edades desiguales, nunca se sintiera en desventaja.

—Fuimos novios como dos años. En ese momento, no existían los hilos de Twitter. Y no existía la perspectiva de género en mi vida. No existía. Entonces había situaciones un poco más intensas comparadas con el tipo de relación que yo podría construir hoy en día. Había celos y ese tipo de cosas.

No es que Miranda no recuerde cosas hermosas, pero, si bien fue una relación fuerte, afirma que hoy no la recuerda tanto. Que en su momento fue algo “constitutivo” de su persona, fue su primer novio, algo que le parece muy importante, pero que hoy ya no lo piensa. Lo siente con indiferencia.

Antes fue eso: su primer novio, una persona importante. Hoy no sabe. No se arrepiente de haberlo conocido. Se acuerda de esa vez que se peleó con unas amigas y él la contuvo e hizo que no se sintiera sola.

—Había cosas muy buenas en él. No es que era una persona horrible y ya. Había cosas buenas que nosotros compartíamos. Teníamos una relación muy linda por momentos, y bueno, por otros no. Siento que le guardo cierto cariño. Él también era chico. Él también era un pibe. Y siento que algo

en nuestra personalidad se forjó al mismo tiempo. Básicamente estábamos creciendo juntos.

Pasados los dos años, cortan. Y recuerda que entre ella y Alan las cosas no quedaron del todo bien. Él se empieza a relacionar con gente de la secundaria de Miranda y ella empieza a sentir cierto malestar, cierta invasión de su espacio personal. Pero no dijo nada.

Cortaron. Cada uno siguió con su vida. Miranda empezó a estudiar psicología y él también. Compartían una materia juntos, filosofía. Ya para ese entonces todo “lo malo” había prescripto y se llevaban bien.

—Y él era medio denso, medio pesado.

—¿Qué quiere decir denso?

—Qué sé yo... ¿viste la gente que te habla de más? Si no fuera mi ex te diría que es como una de esas personas que “se te pega”. Pero como yo tenía confianza con él, era distinto. Yo pensaba que era un denso pero ya fue.

Durante el cursado del primer año de psicología, a mitad de año, se juntaron a hacer un trabajo práctico. Él se había mudado cerca de la casa de Miranda, vivían a diez cuadras. Ella no sabe muy bien cómo se dio, pero se juntaron a hacer el trabajo en la casa de él. Solos. A veces aparecía Rafa, su mejor amigo que vivía ahí. Miranda se sentía

segura con Rafael. Habían sido muy amigos en su momento. Lo quiere mucho. Pero ese día, estuvieron la mayor parte del tiempo, haciendo el trabajo los dos solos.

—Me acuerdo que me sentí muy incómoda. La pasé mal. Porque el loco se me empezó a tirar encima. Estábamos así sentados y se me empezó a tirar encima. Se me empezó a acercar y me sentí un poco acosada. Me acuerdo que la llamé a mi mamá para que me fuera a buscar.

La mamá la pasó a buscar y se fue. Ese día, a Miranda le “cayó la ficha” de que algo raro había con Alan. Que no era una persona que estuviera muy bien que digamos. No tenía comportamientos que fueran los adecuados. No respetaba.

—Por ahí cuando éramos novios me pasaba que al loco no le podías decir que no. Era muy pesado, muy denso. Pero como era mi novio, y yo no había tenido novio nunca, no sabía cómo eran las relaciones, entonces lo naturalizaba. Me iba adaptando a eso.

Con el tiempo, Miranda se dio cuenta de que no estaba bien no poder decirle que no a su novio. Habían pasado tres años desde que habían cortado. Ella era otra persona y hubo en esa actitud, esa tarde, que le resonó. La hacía sentir incómoda. Porque ella conocía a otra gente que

la hacía sentirse a gusto, tranquila, pero con Alan no le pasaba.

Todo tenía que ser como él quería. Era muy insistente. Una vez, cuando apenas empezaban a salir, caminaban por la calle y él le “tocaba el culo”. Miranda le decía que no, que no quería. “No quiero. En la calle no”. Él le decía: “Bueno, bueno” y lo seguía haciendo.

—Era muy desgastante mentalmente porque cuando le marcabas un límite, él te hacía un chiste. Entonces tampoco te podías enojar porque no es que lo hacía con bronca. Y a mí me generaba una sensación... me sentía impotente, ¿entendés? Eso me pasaba.

Todo eso, es lo que empieza a resonarle esa tarde en la que él se le tiró encima. Intentó sacarlo, empujarlo, pero no podía encontrar la forma de ponerle un límite. Alan se le tiraba encima “como peso muerto” y ella lo alejaba. Y ahí se dio cuenta de que él, siempre había sido así.

—Igual, en ningún momento tuve miedo. Eso quiero dejarlo claro. No es que tenía miedo de que “me hiciera algo”. Pero tampoco le podía poner un límite y me quise ir a la mierda. Me sentí incómoda.

No sabe si él alguna vez supo que ella se fue por eso. Miranda le dijo que se iba y se fue. Los

días posteriores intentó esquivarlo lo más posible en la facultad, y después de eso, no le habló más.

## 2. Luciano y Tomás

Ellos son amigos hace un montón. Forjaron juntos su adolescencia y ahora su adultez. Comparten la misma calma en sus gesticulaciones, en sus miradas, en la manera en la que entonan. Llegan tranquilos y se acomodan con paciencia en sus sillas. Uno de ellos comienza a armarse un tabaco. El otro lo imita. Luego de inhalar algunas pitadas, se quedan un rato mirando el cielo rojo, premeditando quién era Alan en sus vidas.

—¿Querés empezar, mi amigo? —le ofrece Luciano a Tomás.

Tomás respira y empieza.

—Alan era un amigo muy cercano mío. Un amigo al cual veía un montón.

Recuerda que era una época propia de una

“adolescencia tardía”. Esa época en la que te ves todo el tiempo con amigos porque “estás todo el día al pedo”. Entonces, frecuentaba con Alan tres o cuatro veces por semana. Era eso: un amigo.

Sin embargo, también menciona que en la última etapa de su amistad, Alan había levantado “muchas barreras” y parecía como si no fuera del todo sincero.

Luciano escucha a su amigo con atención. Espera unos segundos antes de tomar la palabra. Hace memoria y menciona que conoció a Alan por internet y que fue algo así como su “primer amigo virtual”. Eran chicos cuando se conocieron y gracias a él se metió en un grupo de gente que no conocía. De hecho, allí es donde empieza su amistad con Tomás. En esa época también conoció a Rafa y empezaron todos juntos a compartir una “cotidianidad extraña”. Se veían varios días a la semana, se juntaban a escuchar música, “escababan” en las plazas, caminaban por las calles de Rosario de día y de noche, por zona centro y por zona sur.

—La casa de él fue uno de los lugares a los que yo escapé durante toda mi adolescencia porque no quería estar en la mía. Fue uno de los lugares que me dio alojamiento, mucho refugio.

Comían, dormían y solían mantener conver-

saciones muy intensas con la madre de Alan, Nora. Iban tanto a su casa, que era entendible cuando Alan se “rallaba un poco” y les dejaba de dar bola para que se fueran. Pero por alguna razón, los pibes siempre se quedaban un rato más, hablando con ella.

Luciano reconoce que fue alguien “muy muy cercano” a él con quien compartió una gran cotidianidad en un momento de su vida. Además, concuerda con Tomás en que en el último tiempo denotó ciertos “ralles”. A veces les daba bola, y a veces no.

Encienden el segundo cigarrillo y buscan las palabras para responder quién es hoy Alan en sus vidas. Tomás exhala y reflexiona.

—Qué rara la sensación de pensarlo hoy acá. Hay algo adentro mío que no puede no pensarlo como un amigo. Lo recuerdo como ese momentito nuestro juntos y es imposible no pensar hoy, en él, como mi amigo.

A propósito de esto, Luciano reconoce que ellos quisieron seguir siendo sus amigos después de todo el *aftermath* del escrache.

—Quisimos tratar de estar con él. Obviamente desde cierto lugar. Yo no lo quise dejar solo porque él había sido muy amigo mío. Yo tenía mucha relación con la mamá también. Me habían dado

demasiado alojado como para negar eso así como así. Fue algo que en el momento fue súper duro y que no sé si lo entendí muy bien cuando pasó. Cuando él desapareció. Fue un duelo muy extraño de hacer. Me acuerdo que el papá de un amigo, cuando le conté todo esto, me dijo que nos hizo un favor... Yo no sé.

—Para nosotros fue mucho más fácil... —atina a decir Tomás.

Pero ambos concuerdan en que, si bien fue mucho “más fácil” por un lado, que Alan se haya ido, por el otro, fue como hacer “el duelo de un desaparecido”.

—Hoy creo que trato de no pensarlo mucho porque no sé. En su momento éramos muy chicos. Creo que no teníamos ningún tipo de herramientas para procesar esa situación. Teníamos veinte años —agrega Luciano.

—Sí, había una banda de inmadurez. Yo lo considero como un viejo amigo. Y lo recuerdo por esa amistad que tuvimos —concluye Tomás.

### 3. Lila

Hay varios dibujos de ella por la ciudad, en paredes, en cestos, en escaleras. Lila tiene veintisiete años, es una dibujante rosarina y se muestra como una chica divertida, desprejuiciada y directa.

—Alan era uno de mis mejores amigos. Nos conocimos por Facebook y conectamos por intereses en común: música, juegos, humor. Nos complementábamos muy bien. Nos divertíamos, nos reíamos de las mismas cosas. Era muy importante para mí. Disfrutábamos mucho de pasar el tiempo juntos. Él era ese lugar... esa segunda para la ranchada.

—¿Y ahora?

—Y ahora me había olvidado de su existencia, prácticamente. Fue hace muchos años. Siento que

pasó en otra vida. En su momento por supuesto que pensaba en él y me sentía mal por mi accionar, por mi manera de manejarme con la situación. Pero después de cierto tiempo pasé página de una y no tuvo más lugar en mi cabeza.

—¿Pensas en él?

—Por ahí si llega a salir el tema, como ahora, o si lo recordamos entre amigos, que no pasa nunca. Igual, sí pienso a veces en dónde estará, qué estará haciendo, qué habrá sido de su vida. Porque desapareció de un día para el otro. Pienso eso y al toque pienso en otra cosa. Me hace un poco mal pensarlo.

## 4. Aurora

—Hola, ¿cómo estás? Disculpa que ayer no te pude responder el audio que me mandaste. Es que estoy mudándome y estoy con todo ese caos que conllevan las mudanzas. Mirá, yo la verdad que estas últimas veces estuve pensando, lo tuve presente, no es que me haya olvidado. De hecho, disculpame que no te pude dar una respuesta antes, pero me pasa que, a la hora de tomar la decisión sobre si acceder a la entrevista o no, se me dividen dos polos. Por un lado me convoca un montón a participar de esto y por el otro me pasa que no tengo nada de ganas de destapar una olla que siento que tengo tan bajo llave. Tengo miedo de revolver algo que me va a llevar para otro lado, no sé. Es medio raro. Pero bueno, escuchame, ¿hasta

cuándo es tu límite para que te diga si sí o si no?  
Si me decís que es de acá a unos días que te tengo  
que dar el sí o el no, me pongo firme y tomo una  
decisión.

## 5. Rafael

Alan y Rafael se conocen desde que nacieron. Se llevan dos años y medio, o tres. Su relación pasó por varios estadios. La madre de Alan cuidaba a la madre de Rafa cuando era chica. Así que, los chicos crecieron siendo prácticamente hermanos.

Los padres de Rafael se separaron cuando él tenía un leve uso de conciencia y como su vieja “estaba sola y laburaba mucho”, lo dejaba a cargo de Nora, la madre de Alan. Crecieron juntos. Como hermanos.

A pesar de vivir en la misma casa, compartieron escuela únicamente al final de la primaria y principios de la secundaria. En el resto de las cosas, cada cuál iba por su lado.

—Alan siempre fue como mi pata. Era un sím-

bolo de real cariño y de fraternidad. De todo eso que yo no tenía en otros espacios de mi vida, como en mi familia de sangre, por ejemplo. Entonces, para mí siempre fue eso: un hermano. Y siempre se me marcó eso. La Nora siempre me decía: “Che, yo soy como tu mamá, pero no soy tu mamá, ¿me entendés?”

Las cosas cotidianas entre Alan y Rafael nunca se delimitaron. Las iban sintiendo a medida que las hacían. Alan nunca en la vida le preguntó si se quería quedar a comer, porque le daba lo mismo, porque Rafa ya estaba ahí. Se daba todo de manera espontánea. Había una normalidad en su compartir que fue fluctuando bastante, sobre todo cuando eran chicos. A medida que fueron creciendo, ambos empezaron a pasar más tiempo en espacios fuera de la casa. Y entonces, ahí empezaron a aparecer las delimitaciones propias de empezar a crecer, de la adolescencia. Algunas cosas quedaban por sentado. Otras no. Se mudaron varias veces. En una de las veces les tocó compartir habitación en plena pubertad. Y ahí la cosa fue “bastante *heavy*” porque ninguno de los dos tenía ganas. Aunque la condición de Rafa era más extrema porque él no tenía casa.

—O sea, con mi viejo casi que todo bien, pero no había chance de vivir con él. Y mi vieja ni esta-

ba. Entonces, yo no tenía otro espacio para estar. Y ahí, creo que fue donde empezamos a dejar de ser tan culo y calzón. Él hacía cosas por su lado, yo hacía cosas por mi lado y en parte nos gustaba que no se mezclaran. Estaba bueno retomar la individualidad en ese sentido.

Rafael recuerda que, previo a que “haya pasado todo lo que pasó”, y de que Alan se fuera, era muy poco el tiempo que compartían. Ya no hacían tantas cosas juntos.

Si se encontraban en la casa estaba todo bien, pero sino, Alan recalcaba que quería hacer las cosas por su lado y se empezó a alejar. Tanto a Rafa, como a muchos de los amigos que tenían en común, les pareció un cambio de actitud radical, un “corte chocante”.

—Era muy notorio cuando estaba en un espacio público. Íbamos con mis amigos a algún lugar, nos cruzábamos con él, él estaba con otra persona y se re cortaba. No te daba ni pelota. Y era raro porque, si siempre fuimos amigos, ¿por qué ahora de repente me estás forreando o te querés hacer el que te chupo un huevo, o no querés ni saludar?.

A eso de los veinte años se mudaron a un departamento de pasillo en zona sur, en donde convivían ellos dos por un lado, y Nora en el departamento de enfrente. Allí tuvieron que delimitar sus

espacios y enunciar sus pretensiones para llevar una convivencia en armonía. Entraron en juego la limpieza, el orden, los modos. Como cada uno “hacia la suya”, eran pocos los momentos en los que se cruzaban y Rafael piensa que, tal vez, fue eso lo que generó una especie de desapego áspero entre los dos. Nora ya no estaba tan presente para intervenir con su papel de mediadora y los chicos empezaron a manejarse con cierta lejanía.

—Entonces, ¿quién era Alan?

—Como un hermano.

—¿Y ahora?

—Y lo sigue siendo. Lo sigue siendo porque algo de lo que no me arrepiento, pero sí me duele muchísimo, es de haber perdido tan abruptamente el contacto. Yo tampoco en su momento supe muy bien qué hacer. Y mi reacción fue automáticamente aislarme porque no sabía cómo procesar todo eso. Tampoco sabía cómo verlo a la cara, ni qué pensar de él.

A Rafael le hubiese gustado poder acompañarlo. No pudo, pero le hubiese gustado. “Mirá. La re cagaste, pero estoy acá. Vamos a ver qué pasa”. Aunque tampoco tuvo demasiado diálogo con él.

Cuando pasó lo que pasó, ya hacía dos años que Rafael venía hablando del movimiento feminista con algunos amigos. Por eso, cuando se des-

tapó la olla, ninguno podía entender muy bien cómo esos casos de abuso y de machismo, seguían ocurriendo.

Ese día pasaron cuarenta minutos, Alan se cerró en su pieza y Rafael se fue.

—Yo me fui porque a mí se me cayó el mundo abajo, de repente. Porque el loco era mi casa. Era mi familia.

Rafa se fue de la casa. Se fue a lo del Santi, un amigo. Cuando volvió, al otro día, Alan no estaba. Lo esperó un rato, pero volvió a irse a la casa de Santiago.

—Después apareció mi madre de manera celestial. No por lo buena, sino por la manera tan anómala. Y bueno, ahí caí con ella un tiempo y después volví a vivir solo.

—¿Y a él no lo volviste a ver?

—No lo vi nunca más. Después de ese día que lo vi totalmente roto, no lo vi nunca más. A la madre sí, la vi un tiempo después. Seguía viviendo ahí, en ese departamento. Pero a él no le vi nunca más la cara. Ni por foto, ni por videollamada. Ni la voz. Ni siquiera le escuché la voz. Me acuerdo que le mandé un mensaje y no me respondió nunca. Le pregunté a la madre y me dijo que había cambiado el celular.

—¿Qué le habías mandado?

—Le había preguntado cómo estaba, nada más. Y bueno, no hubo respuesta.

## 6. Las que faltan

En 2018, Laura también se había sumado al *hashtag* y había publicado su escrache delatando a Alan. Después los borró. Después se fue a vivir afuera. Respondió los primeros mensajes, esos en donde todavía no se mencionaba específicamente de qué trataría esta crónica. Cuando se insinuaron las preguntas y se hizo alusión a Alan, dejó de contestar.

Aurora cuenta en Twitter la situación de abuso que vivió por parte de Alan y responde en su propio tuit que, cuatro años atrás, una amiga de ella había pasado por lo mismo, pero que por suerte, había podido frenarlo. Además, menciona que lo cuenta ella porque su amiga “ya no está”. Era lo que le había pasado a Josefina, una amiga suya de

toda la vida que falleció de muerte súbita.

Los tuits de Francisca podían encontrarse en la web hasta hace poco. Existió un único mensaje que le proponía un encuentro y una entrevista. Nunca hubo respuesta. Tres días después del intento de contacto, un mensaje informaba que Francisca había fallecido el viernes anterior. Tenía leucemia. Alguien cerró su cuenta de Twitter y sus publicaciones desaparecieron de la red.

Ese día

## 1. Miranda

Ese día Miranda volvió a su casa después de cursar, almorzó y se tiró en la cama a ver Twitter. Ya hacía un par de días que, en esa red social, se había armado una movida de chicas que contaban testimonios. Era una oleada de tuits que compartían un formato específico. Eran chicas que contaban en presente y en primera persona, situaciones de abuso que habían sufrido por parte de hombres.

En 2017, una actriz estadounidense publicó en Twitter una consigna. Pidió a las mujeres que hubieran sido acosadas o agredidas sexualmente alguna vez, que respondieran a ese tuit con “#Me-

Too” (Yo también). De repente, todo el mundo se llenó de hashtags: #BalanceTonPorc (Denuncia a tu cerdo) en Francia; #YoTambién en España; #QuellaVoltaChe (Aquella vez que...) en Italia; #MeTooIndia en India; #YoSíTeCreo y #Cuéntalo en Latinoamérica y países hispanohablantes.

“Tengo 15 años. Mi novio me maltrata, me dice puta si me visto con ropa que se trasluce...” #Cuéntalo. “Tengo 15 años, fui a una fiesta, me emborraché mucho...” #Cuéntalo. “Tengo 17 años. Estoy demasiado ebria y me vuelvo con mi amigo a su casa como solemos hacer...” #Cuéntalo.

La psicóloga Celeste Ghilioni refiere a que esta forma de narrar un trauma en tiempo presente, tiene un fuerte desarrollo en el campo del psicoanálisis. Freud hace alusión a lo atemporal en el inconsciente y, siguiendo con esta línea, menciona que las vivencias traumáticas no se transforman por el paso del tiempo sino hasta que algo permite elaborarlas. El trauma no “envejece” psíquicamente, sino que se revive como si fuera presente. El hashtag #Cuéntalo, propone contar esas experiencias como heridas vigentes. Son relatos en primera

persona que se leen como si no tuvieran tiempo. Son narraciones atemporales. Desde esta perspectiva, el psicoanálisis entiende que la elaboración de un trauma implica la posibilidad de realizar un trabajo de duelo, trabajo que no puede realizarse sin el lazo con otros. Según la psicóloga, este dispositivo virtual podría entenderse como un espacio colectivo que propició que muchas mujeres pudieran resignificar situaciones de abuso, pudiendo hacer lazos con otras y dar a conocer su padecimiento, dando paso así, al comienzo de la elaboración del mismo.

Eran testimonios en los que el tiempo no había pasado. Situaciones que cuando se leían, parecía que estuvieran sucediendo ahora. Algunos relatos terminaban con nombre y apellido del abusador. Otros sólo decían si era un profesor, un familiar, un amigo. Sin nombre.

Mariángeles Camusso, magíster en Estudios Culturales y profesora titular de la materia Introducción a la Perspectiva de Género en la Universidad Nacional de Rosario, enmarca al surgimiento del #Cuéntalo, dentro de un movimiento que conocemos como *la cuarta ola feminista*.

—Es un movimiento que reconoce una histo-

ria larga y algunos acontecimientos cortos, que es lo que pasa con todos los movimientos sociales, ¿no?: tienen una historia que va encadenando, a lo largo de los años, un montón de luchas y de demandas, y en determinados momentos acontecen ciertos hitos, ciertos sucesos, que nos permiten marcar ciertas periodicidades.

Afirma que en el caso de la cuarta ola feminista, el hecho fundamental que lo inicia, es el primer #NiUnaMenos, que aparece el 3 de junio del 2015. Se trata de una convocatoria que realizan periodistas argentinas, que reconocen entre ellas, estar cansadas de cubrir asesinatos, muertes de mujeres y especialmente de mujeres jóvenes. Dicho movimiento se da en un contexto sociocultural, en el cual comienzan a emerger fuertemente las redes sociales como modos o como dispositivos de vinculación, de conocimiento y de subjetivación.

—A partir de ese acontecimiento en particular, se da una masificación de las luchas que venían de larga data histórica. Lo que surge en ese momento, en parte por este fenómeno de la digitalización y de las redes sociales, es una masificación. Esas demandas y esas reivindicaciones históricas, se popularizan. La discusión se instala en todos los espacios. Se instala en los espacios personales, en los espacios institucionales y en el espacio públi-

co, en gran parte, gracias a las redes sociales. En esa dinámica, en donde las redes sociales proponen discusiones a partir del uso de un hashtag, es que en el 2018 va a surgir el #Cuéntalo.

Mariángeles destaca que lo que tiene la cuarta ola, muy diferente a las otras tres, es la masificación, lo masivo. Hay una aceleración del proceso de globalización porque hay una aceleración en todo. “Se globalizó todo. Se globalizó el consumo, se globalizó la política, se globalizaron las prácticas culturales”. Entonces, el activismo y las demandas de los movimientos sociales, también se globalizaron.

A medida que leía los testimonios, Miranda empezó a recapitular acerca de la relación que había tenido con Alan. Pensó en esas actitudes que le parecían fuera de lo común, que no estaban buenas. Ya hacía algunos días que lo venía pensando. Esa cuarta ola feminista que embistió las redes sociales, sirvió para que ella pudiera comprender que había estado en una relación abusiva. Esa tarde continúa leyendo tuits y se encuentra con el de una amiga, Aurora, que relata una situación de abuso, pero no especifica el nombre del abusador.

—Dije: “Este es Alan”. Yo sé que este es Alan.

Lo supe, me di cuenta. Por la actitud, por lo que contaba. Lo supe.

Estuvo horas, tirada en la cama, leyendo tuits. Sintió como si su energía se drenara. Se sintió cansada y movilizada. No se acuerda si lloró. Cree que no. Pero se sintió mal por la cantidad de pibas a las que les había pasado lo mismo. También sintió que esas pibas, eran la confirmación de que ella no estaba “flasheando” y de que realmente había habido algo en su relación, que no había estado bien.

Decide hablarle a Aurora para preguntarle. Y lo confirma. Era él. Era Alan, su ex. Conversa un rato más con su amiga y le comenta que ella también había estado reflexionando acerca del noviazgo que habían tenido y que le estaba dando vueltas a la idea de escracharlo. Entonces la incitativa a que, si quería, podían escracharlo juntas. Con nombre y apellido.

Se ponen de acuerdo, Miranda redacta una serie de tuits contando su relación, y al final pone: “Esta persona es Alan Talamonte”. La idea era que Aurora contestara ese mismo tuit con su testimonio. Y lo hizo. Y entonces aparecieron un montón de personas más que contaban cosas parecidas sobre él.

—Me habló por privado mucha gente. Algunas me contaron que también habían vivido situacio-

nes similares. Hubo de todo. Hubo personas que lo escracharon con nombre y apellido, en el hilo o en un tuit aparte. Y esto me llamó mucho la atención: lo que le había pasado a mi amiga, lo mismo, mismo, le había pasado como a dos pibas más. La misma situación. Con él.

Miranda recuerda todo como “un flash total”, como un momento en el que, “se destapó una olla, literal.”

Le habló mucha gente. Para darle su apoyo, para contarle sus historias.

La denuncia pública que ella hizo, consistía principalmente en lo que había vivido siendo novia de él. Situaciones de celos, situaciones de no poder poner límites, situaciones de violencia psicológica. Se basó en eso: en cómo era él como novio.

El escrache surge en Argentina en 1996, como una forma de denuncia política impulsada por la organización H.I.J.O.S., integrada por hijos e hijas de personas desaparecidas, exiliadas o presas políticas durante la dictadura militar. Ante la impunidad de los represores, los escraches se convirtieron en una estrategia para visibilizar públicamente a los responsables de violaciones a los

derechos humanos, cuando la justicia institucional no actuaba. El término, proveniente del lunfardo, implica “exponer” o “descubrir” al culpable ante la sociedad.

Los movimientos feministas retoman y resignifican el escrache como una herramienta para denunciar violencias de género. Sobre todo, cuando el sistema judicial no responde adecuadamente o revictimiza a quienes denuncian. Así como en el contexto de la dictadura se usaba para señalar la impunidad de los represores, en el feminismo se utiliza para romper el silencio en torno a agresores sexuales, abusadores o acosadores. El escrache se presenta como un acto de justicia simbólica y como una forma de generar conciencia y sanción social, frente a la falta de reparación institucional.

Cuando Miranda reflexiona acerca de si se podría, o no, haber evitado todo esto, acerca de si hubo alguna señal que pudiera anticipar lo que vino después, sostiene que no sabría decirlo. Pero que sí notaba en Alan, esa actitud de manejarse con cierta impunidad en todos sus ámbitos. Actuando con seguridad, canchero. Haciendo chistes, “generando confianza y abusando de esa confianza”.

Miranda, también se sorprende cuando reconoce que alguna vez pensó: “Qué loco que no me hizo algo peor”.

—Algo tremendo que pasó fue que, en psicología hay un grupo en Facebook muy conocido que se llama EPEC (Estudiantes de Psicología en Crisis), está todo el mundo en el EPEC, y lo escrachan ahí. Lo escracha alguien que no había sufrido nada por parte de él. Lo escrachan en tercera persona. Fue rarísimo. No me acuerdo bien ahora, pero ponen algo así como: “Este pibe es un violador” y ponen una foto de él. Cuando veo la palabra violador y su cara, fue como: “Uff, es demasiado esto”. Me pareció muy fuerte. Fue demasiado.

—¿Y vos estás de acuerdo con esa palabra para él?

—Mira, yo no creo que yo sea quién para decir si alguien es violador. O sea, a mí no me violó, si vamos al caso. Yo no me sentí violada por él. O sea que, para mí, no lo es. Sí creo que lo que hizo con otras chicas, está más cerca de esa palabra que lo que hizo conmigo. Tampoco sé si es, o no es, una violación. Ya la nomenclatura no te sé decir. Por mi parte no. No estoy de acuerdo con esa palabra. Pero por mi experiencia.

Miranda busca los tuits en su celular. En el medio, llega la moza con las meriendas.

—Acá los encontré. No puedo creer esto. 30 de abril de 2018, no estaba tan errada, fue en mayo, efectivamente. Ahora te los muestro.

Los primeros eran los de ella:

30 de Abril de 2018 - 3: 30 PM

@miranda

“Tengo 15 años. Mi novio me maltrata, me dice puta si me visto con ropa q se trasluce, me hace escenas de celos de mis amigos y si peleamos me llama llorando diciendome q me odia y q soy una basura, o q se va a matar. Si estamos juntos se da la cabeza contra la pared. #Cuentalo”

@miranda

“15 años. Mi novio insiste en coger sin forro. Cuando me doy cuenta lo estamos haciendo yo casi dormida d lo borracha. Al otro día con un sentimiento d culpa y asustada estoy yendo a comprar la pastilla del día desp y él al lado quejándose xq no cree q haga falta #Cuentalo”

2 comentarios / 27 retweets / 85 me gusta

2 de Mayo de 2018 - 3:40 PM

@miranda

“esta misma persona me manipuló incontables veces, me tocaba el culo en público aunque yo le

decía q parara. Cuando ya habíamos cortado (hace 1 año) nos juntamos a estudiar y se me tiró encima. Le dije q parara, me lo saqué d encima con las manos y NO LE IMPORTÓ y siguió haciendolo”

1 comentario / 20 retweets / 44 me gusta

@miranda

“esta persona siempre me hizo sentir culpable x todo lo q me hizo. Siempre pensé q me lo merecía, x eso nunca pude reconocerlo como un caso de violencia. Se q muchas más pibas fueron abusadas, acosadas, manipuladas y violentadas por él. Y se q callandome sólo lo estoy encubriendo”

1 comentario / 20 retweets / 56 me gusta

@miranda

“pero no nos callamos más. Esta persona se llama ALAN TALAMONTE. Tiene 22 años, vive en Rosario y estudia en la facultad de psicología de la UNR. Es un psicópata y manipulador, acosador y violento.”

12 comentarios / 295 retweets / 168 me gusta

Después, Miranda había compilado los de las otras chicas:

2 de Mayo de 2018 - 3:55 PM

@aurora

“Esta misma persona, ALAN TALAMONTE es quien realizo este abuso contra mi NO NOS CALLAMOS MÁS”

(Cita su tuit)

@aurora

“Tengo 17 años, fui a una fiesta me emborrache mucho, no quería volver a mi casa, mi mejor amigo me ofrece ir a la suya, al llegar a su casa me acuesta en su cama me desviste y empieza a penetrarme, yo sin poder hablar y moverme x el alcohol me quedo mirando al techo #Cuentalo”

@aurora

“al día siguiente nos despertamos como si no hubiese pasado nada raro.

Llegue a mi casa y me largue a llorar sin saber por que.

Meses después pude ser consciente de lo que había sucedido y tarde mucho para contarlo.”

1 comentario / 8 retweets / 38 me gusta

@aurora

“Unos 4 meses después de esto le sucedió a una amiga con la misma persona pero ella pudo frenarlo. También me entero que a otra chica le había sucedido lo mismo que a mi. Este pibe levanta la

bandera del feminismo impune de todo lo que hizo.”

1 comentario / 17 retweets / 43 me gusta

@aurora

“Y ojalá que un día me den los ovarios para poder decirle en la cara el asco y dolor que me produjo y decirlo por mi amiga que ya no está, como le jodio su vida sexual y las trabas para poder desenvolverse en ella”

10 retweets / 39 me gusta

Entre algunos sorbos de café, siguieron los tuits de Francisca:

2 de Mayo de 2018

(Cita su tuit)

@francisca

“Es exactamente la misma persona que abuso de mi también”

1 de Mayo de 2018

@francisca

“Tengo 17 años. Estoy demasiado ebria y me vuelvo con mi amigo a su casa como solemos hacer. Tirada casi inconsciente y dormida cuando entreabro los ojos veo que ya no tengo mi ropa

puesta y como el abusaba de mi sin yo tener fuerzas para hacer algo. #Cuentalo”

2 comentarios / 41 retweets / 15 me gusta

@francisca

“Después de tres años de mantenerme callada al fin pude sacarme esta mierda de adentro”

12 me gusta

2 de Mayo de 2018

(Comentario)

@aurora

“Sos valiente Fran, te mando un abrazo enorme, que este tipo va a caer con todo el patriarcado!”

## 2. Luciano y Tomás

—Venían un par de días de escraches...la sensación que yo tengo de ese momento es, no sé si de ansiedad, pero como que era un momento muy tenso en general. Estaba todo el mundo con las guardias muy altas, y con razón. Estaba estallando una cuestión.

Luciano, recuerda que fue una época en la que se puso a revisar todo lo que hizo en su vida. Repasaba sus acciones, por si existiera la posibilidad de que alguna chica se hubiera sentido mal por su culpa. Describe a esos, como días confusos y de mucha introspección. Ese día le habló mucha gente, muchos amigos. Alan era muy conocido en Twitter, y en Rosario en general. “Tenía muchas amistades *random*, era muy gracioso en esa app

y en ese momento todo el mundo usaba Twitter”.

La gente le hablaba y le preguntaba acerca de los tuits que incriminaban a su amigo: “Che, ¿qué onda esto?” Y él respondía: “No sé, no sé, no sé, no sé”.

Tomás lo escucha con atención y asiente con la cabeza. Cree que ese día estaba en la escuela, que era mayo y que no vio nada en Twitter, pero que una chica con la que salía en ese momento le mandó un mensaje: “¿Qué onda, viste esto?”

Después de la escuela se fue a la casa de su vieja. Hacía frío y recordó que, en esa época, él no tenía Instagram. De hecho, tenía acceso a la cuenta “del gordo”, de Alan.

—Él me prestaba su Instagram, re macanudo. Le chupaba un huevo. Así que vi un poco desde su Instagram y después lo borró. Bloqueó todo y desapareció. Después me junté con Rafa, a hablar. Ese mismo día después de que él hablara con el gordo. Con Alan hablé, pero un par de días después. Ese día hablé con Rafael, que estaba re quebrado.

Luciano interviene y agrega que él le escribió a Alan, pero que ya no le llegaba nada.

Ese día, Tomás y Rafa se juntaron a tomar una birra en Cadena Pool, “un veinticuatro horas re de tachero”. Rafa le contó a Tomás que había hablado con Alan y que él había desmentido todo. Que le

había preguntado qué onda todo eso y que Alan le había dicho: “Es mentira” y entonces Rafa “se fue a la mierda”. Tomi recuerda que Rafael estaba “como partido”.

—Después, a los dos días, Alan me llama por teléfono. “Hola” ¿Sabes qué le pregunto yo?: “¿Cómo estás?” “¿Cómo voy a estar?, como el orto”.

Le mandó un mensaje a Luciano y quedaron en ir juntos a la casa de Alan.

Luciano mira a Tomás con picardía y le dice:

—Nosotros no éramos tan amigos todavía.

—No. Éramos muy buenos conocidos, o no tan buenos amigos —confirma sonriente Tomás.

—Pero me preguntaste si quería que vayamos y fuimos a hablar con él.

A propósito de la cultura de la cancelación, Mariángeles propone que lo que la cuarta ola va a plantear, es esta cuestión de revisar todos los productos culturales que de alguna manera han contribuido al sostenimiento del patriarcado. Entendiendo al patriarcado, como un sistema de dominación basado en el género, en el cual hay una jerarquía y una preeminencia de la categoría de la masculinidad, vinculada a la producción, a la nacionalidad, al dominio de los cuerpos y de los

territorios, por sobre otros tipos de existencias que podríamos asociar a lo femenino. Para sostener ese orden social, lo que plantea el feminismo, es que todas las instituciones han contribuido con diferentes tipos de discursos.

—La sociedad es una telaraña de poderes. De relaciones de poder que no sólo se ejercen de manera física, coercitiva, sino que también, se ejercen a través del poder del discurso, generando entre otras cosas, consensos. Para sostener ese poder patriarcal hubo muchas instituciones que a lo largo de la historia, contribuyeron a ese sistema de dominación.

Según la comunicadora, los feminismos van a proponer una revisión de todos esos productos culturales patriarcales, propuestos por las instituciones formales de la cultura, tales como la familia, la escuela, la universidad, la ciencia, pero también, todos los dispositivos culturales de la sociedad de consumo, como la literatura, la industria musical, las narrativas cinematográficas, y todo el dispositivo mediático. Los feminismos van a proponer revisar todo eso. Revisar cómo se fue construyendo, e intentando desarmar ese sistema de poder.

—Ahí, aparecen algunas discusiones que tienen que ver con decir: “Bueno, esto con lo que nos

formamos no lo queremos ver más, no lo queremos escuchar más. No queremos más esos discursos”. Eso es a lo que llamamos cultura de la cancelación. Tratar de borrar, de alguna manera, autores, teorías, escritores, músicos, que sostuvieron esas discursividades patriarcales.

Mariángeles, sugiere que se presentan dos puntos. Uno que considera interesante marcar y poder encontrar que un montón de teóricos, escritores y personas, que eran admiradas y admirados, tenían un montón de sesgos sexistas, racistas, fascistas, capitalistas, y múltiples características discriminatorias. Pero, otro punto, se cuestiona si es prudente “borrarlos de la faz de la tierra” o hacer como si no hubieran existido. Existen segmentos de los feminismos que tienen una postura más radical y hay otros que proponen, más allá de la cancelación, darle voz y espacios a mujeres que también dijeron cosas súper interesantes y que por el hecho de ser mujeres no fueron tan reconocidas.

—Porque los feminismos, como movimiento emancipador, proponen también un mundo que sea mejor para todas y todos, no sólo para las mujeres. Me parece que el término cultura de la cancelación, es un término que aparece desde el lado de los segmentos que se sienten agraviados

y atacados por los feminismos. No me parece que sea una bandera en donde las feministas proponemos la cultura de la cancelación como política, sino que aparece como una conceptualización de los antifeministas.

Quedaron lugares incómodos. Sobre todo porque no había herramientas para pensar esas complejidades. Para pensar cómo es que se habían generado esas situaciones, ni para saber cómo acompañarlas después. Mariángeles, afirma que sigue estando el problema de “qué hacemos con los varones”. Hasta el día de hoy, ese sigue siendo un problema.

—¿Qué hacemos con los varones?, ¿cómo bajamos la socialización para que no sea tan machista?, ¿qué pueden hacer los varones entre sí? Porque en este caso, ¿qué pasó con los varones que rodeaban a ese chico? Nadie le dijo: “Che, te fuiste al diablo, ¿por qué no pensamos?, ¿por qué no lo charlamos?”

¿Qué espacio había para esos varones? Esa sigue siendo una pregunta.

### 3. Lila

Una amiga le preguntó si había visto lo que se estaba diciendo.

De esa época, Lila recuerda que era enterarte, día tras día cómo un amigo tuyo, o conocido, o lo que fuera, caía en la exposición de “habérsela mandado”.

—Mi amiga me lo mandó, yo no había visto nada. Estaba pintando. Dejé de hacer lo que estaba haciendo y me puse con el celu. Estuve ahí horas. Hablando con mis amigos y sin saber qué hacer. Al ser una persona tan cercana a mí, la gente me preguntaba qué onda.

No sabe si en ese momento habló con Alan, pero sí recuerda que se paralizó y que no sabía muy bien qué hacer. Leyó todos los testimonios

que aparecieron. Primero leyó el de Miranda, que contaba la relación tóxica que había tenido con Alan. Era fuerte, pero hasta ese momento, era el relato de “una relación de mierda y ya”. Después empezaron a salir los testimonios de Francisca, de Aurora, de Laura.

—Y bueno, ahí confirmé que el chabón era una mierda. Y que me podría haber pasado a mí. Si bien hubo algunas situaciones en las que me sentí “vulnerable”, lo tenía ya muy asumido, porque todos los hombres son, o eran así.

Lila afirma que sus amigos “pakis” nunca se sobrepasaron con ella. Pero que es una posibilidad que ella siente todo el tiempo latente con sus amigos varones. Si en algún momento se les presenta la posibilidad de “entrarte” lo van a hacer, y ella aprendió a convivir con eso.

Después de leer los tuits, se puso a pensar en todas las veces que se había quedado a dormir en la casa de Alan.

—Yo igual siempre tomaba la precaución de dormir en otra habitación. Son esas precauciones que yo ya tenía implícitas, pero para con cualquier amigo hombre.

Reconoce que no se siente cómoda exponiendo situaciones en redes, pero que en ese momento estaba tan en efervescencia eso de los testimonios,

que subió una historia que decía que lamentaba lo que le había pasado a todas estas chicas y que ella había tenido la suerte de que no le hubiera pasado nada. Se sintió muy incómoda haciendo eso también. Pero en el momento fue como un “fingir demencia”.

Nora, la madre de Alan, le escribió. Para ver si ella podría hablar con él. Pero Lila le dijo que no, que en ese momento no podía. También le escribió Alan, diciéndole que nada era real. Pero ella tampoco le contestó. En ese momento, no pudo procesar nada y necesitaba tiempo para pensar.

—Y bueno, me tomé todo este tiempo para procesarlo. Hasta ahora. Porque nunca más le hablé y me arrepiento de eso. Pero también entiendo que hice lo que pude.

En su grupo de amigos, una de las chicas, siempre había tenido una manera de pensar muy autoritaria. Y cuando pasó todo lo que pasó, no dudó en condenar a Alan a muerte. Lila cree que esa presión en su grupo de amigos, terminó de convencerla de manejarse de la manera en la que lo hizo. Alejándose.

—Había muy pocas personas en mi círculo que me recomendaban que le diera a Alan, el lugar para expresarse. Hoy hubiese elegido hacer eso. Pero no lo hice. Por estas acusaciones tan filo-

sas, de esta chica y de algunos de mis amigos, que eran como condenarlo a muerte. Blanco. Negro. Ya está. Murió.

Lila no duda en afirmar que fue la presión social, la oleada de escraches y de condenas, la que tuvo una influencia directa con su forma de actuar.

—Me dejé llevar. Fui influenciada por eso. No pude ver con claridad mis convicciones, ni lo que me hubiese gustado hacer, y me dejé llevar. Literalmente me subí a la ola.

Alan era una persona muy cercana a ella. Le hubiera gustado estar ahí para él, más allá de lo que él hubiera hecho. No pone en duda ni justifica los testimonios, pero le hubiera gustado estar como amiga, también en las malas. Darle su hombro y su oído para que se exprese, para que se desahogue. Después, según cómo eso resultara, ver si se seguía relacionado, o no, con él.

No está del todo convencida con la “herramienta de los escraches”. Entiende que fue útil para visibilizar cosas que antes no salían a la luz y que gracias a eso hoy “los chabones por ahí piensan dos veces sus acciones”. Pero también piensa: “Ni nosotros, ni nadie, somos quiénes para condenar el futuro de la vida social de alguien”.

—Las víctimas obviamente pueden hacer lo

que quieran. Pero después, los que no somos parte de la situación en sí, no sé qué tan partícipes podemos ser en compartir y eso. Todavía no sé bien cuál es mi pensamiento sobre los escraches. Sé que sirven, pero pienso: ¿Y después qué? ¿Qué le queda a la vida de esa persona? ¿Cuál es su re-inserción? La gente cambia. Todos nos confundimos.

La idea de haberle fallado a su amigo la persigue. Hasta el día de hoy, cuando lo piensa, sigue creyendo que estuvo mal, pero también reconoce que bueno, que le salió así. Y que si bien tiene “ese *feeling* bastante borrado”, hay veces que pensarlo, le sigue dando escalofríos.

—Porque yo era muy cercana a él, y a su madre. Y más allá de que se la haya mandado y que haya hecho semejante aberración, totalmente condenable, injustificable, yo debería haber estado ahí para escucharlo.

—¿Intentaste contactarlo alguna vez?

—No.

#### 4. Aurora

—Che, bueno, primero que nada, te quiero pedir disculpas porque tardé unos días en responderte. Estuve pensándolo y finalmente llegué a la conclusión de que, en este momento, la verdad es que no estoy con ganas de hablar sobre esto. No tengo ganas de revolver sobre el asunto y te digo, sinceramente, ni siquiera es por una cuestión de que me pesa el tema. Porque creo que ya, a esta altura, lo tengo súper laburado. O eso creo. Lo tengo muy alejado de mí. Lo tengo muy alejado y no tengo ganas de traerlo a mi presente. Creo que lo que más me pesa de esta situación es no poder darte una mano. Te soy sincera, me encantaría. Pero me pasa que pongo adelante este deseo que tengo de no dar esa vueltita por todas estas

situaciones de mierda que viví, hace ya tantísimos años. Ya no sé, como... ¿nueve años atrás? Espero que sepas entenderme y te mando muchos éxitos con poder conseguir esos testimonios finales, que sé que son difíciles. Pero bueno, es así. Es un tema delicado y muy interesante también. No quiero dejar de recalcar eso. Así que bueno. Te mando un beso grande.

## 5. Rafael

Estaba empezando el otoño, pero no hacía tanto frío. En la casa de Rafael y Alan, ese día, había olor a torta frita y a esa basurita que larga el plátano. Por la ventana del living, entraba una luz plena que permitía ver esas cositas volátiles en el aire.

El día de Rafael empezó tenso. Le mandaron un mensaje: “Che, mira este tuit. Me parece que habla de Alan”.

En esa época, Rafa se despertaba tarde. A eso del mediodía se levantó y no se cruzó con Alan porque él, en ese horario, cursaba en la facultad.

Leyó el tuit de Miranda.

—Lo intuía. Yo ya había charlado con las dos personas implicadas. Tanto con Alan, como con Miranda. Habíamos charlado de actitudes y de

hechos que habían sucedido, que no estaban buenos, pero que por lo menos los tenían en claro. O sea, no había nada que me asustara hasta ese momento. No te digo que lo dejé pasar, pero pensé que capaz era parte de algún argumento, o de algo más grande. Pero nunca pensé que, eso más grande, iba a ser lo otro.

Esa tarde para Rafael, todo fue tenso e incómodo. Aunque intentó no pensar tanto. “Después vino el caos. La desesperanza”.

Rafael retoma la idea de Alan como alguien que se mostraba sólido, confiado. Por eso fue tan chocante verlo de repente, tan acongojado, tan desesperanzado. Desarmado. “Zarpado en ansiedad”. Sin saber qué hacer con su vida. Y piensa que quizás, su amigo, ni siquiera supo muy bien qué fue lo que hizo. Fue una bomba y en la bomba se mezcla todo.

Después de leer ese tuit, que no nombraba a Alan pero que Rafael intuía era sobre él, comió y siguió viendo *Twin Peaks*, hasta que cayó a su casa el Santi, un amigo del barrio. Aprovechó para contarle un poco la situación, y Santiago, que siempre fue una persona de pocas palabras, le dijo: “Y bueno monito, si algo tiene que saltar, saltará”. Rafa se tranquilizó un poco y siguieron jugando a la play.

Cerca de las dos de la tarde le llegó una oleada

de mensajes: “Che, boludo, no lo puedo creer”, “¿qué onda esto?”, “che, che, che...”.

—De repente le digo al Santi: “se fue toda la mierda. Mirá esto”. El Santi no me dijo nada. Se quedó totalmente duro. No lo podía creer. Después de un rato, me dijo: “Che, si necesitas algo...” Yo no sabía ni qué pensar, ni qué necesitaba.

Diez minutos después aparece Alan. Llega de la facultad y deja el bolso. Va al baño y cuando vuelve, les dice: “¿Vieron todo lo que están subiendo?”.

Santi se va y Rafael se quedó escuchando un monólogo de su amigo hacia la nada. Mientras, iba leyendo todo lo que habían subido. Totalmente “seco, consternado”. Hasta que, en un momento, dice: “No. No lo puedo creer, no lo puedo creer, no lo puedo creer. Esto que dice tal, no fue tan así”. Lo hablaron, aunque ya habían hablado sobre algunas de las situaciones. Alan le había contado a Rafa que él ya había conversado, tanto con Aurora, como con Miranda, sobre eso que contaban en los escraches. Ya había hablado con las chicas, de estas cosas, en su momento. Pero después saltaron otras.

Rafael recuerda que su amigo no entendía por qué andaban diciendo todo eso, si ya lo habían hablado en su momento. Al menos eran situaciones

que ya estaban esclarecidas de ambas partes. Pero después aparecieron otras. Fue un hilo de escraches. A la media hora, apareció otro. Al cabo de dos horas, cuatro más.

—En total eran como siete. Un montón. Era gente que yo casi ni conocía, o que capaz había visto una vez en mi casa. Y después gente que tenía una cercanía con los dos. Con Alan y conmigo. No lo puedo asimilar. No puedo creer que todo eso haya pasado y que las cosas iban pasando como venían pasando. No sólo cae la ficha de decir “ah esta persona es así, o tiene estas actitudes”, sino también pensar en cómo nos pasan tantas cosas y no hablamos nunca de nada. También entiendo que es doloroso exponer el dolor de uno mismo.

Rafael acomoda su cuerpo en la silla y se prepara para analizar esa época en la que, según él, el único consumo de información a nivel regional que había, era de gente “amiga de amiga de amiga” y eran todos escraches. Afirma que, para ese tiempo, “todo era un garrón” y se empezaba a vislumbrar cómo la gente se iba dando cuenta de lo mal que la había pasado. También se anima a reflexionar acerca de desde dónde nacen estos escraches: “¿Desde una cuota de ira?, ¿desde qué emocionalidad parten?”.

—Lo único que hoy en día tengo para reflexio-

nar, y no quiero hablar de reflexión como señalando con el dedo, sino, entendiendo que era un momento en el que por fin se destapó la olla, es un poco la idea que tengo hoy en día, de que se cortaron un montón de cabezas. ¿Hay algunas que se podrían haber evitado? Sí, obvio. Pero tampoco soy quién para decirlo. Ni siquiera de la de mi amigo.

Además, reconoce que él también se ha mandado sus cagadas, en cualquier ámbito de la vida, y que siempre ha intentado hacerse cargo de lo que le toca. Pero en el caso de Alan, lo que le tocaba era una reprimenda social. Dolorosa. Y remarca que es lo que su amigo había intentado evitar toda su vida, mostrando esa actitud de “persona codiciada, buena onda, piola”.

—La gente que era amiga de Alan por lo piola que era, se sentía bien por ser amiga de él. Si se lo cruzaba en algún lugar se sentía recopada por estar cerca de él. Está también toda esa mística alrededor de su personaje, que fue lo que se derrumbó. Eso también le debe haber dolido un montón. En el ego, sobre todo.

Pero concluye que fue así. Que de un modo u otro la vara iba a caer igual. “Las cosas se hicieron como se hicieron y ya está. Sin culpa. Ya está”.

Su amigo negaba todo y Rafael hoy admite que

le hubiera gustado otra respuesta. “Si te la mandaste y no dijiste nada, después hacete cargo”. A la vez entiende que ya no había más nada que hacer. “¿Qué iba a hacer? ¿Le iba a mandar mensajes a todas esas personas? No. Ya está”.

—Yo le pregunté, mientras él seguía leyendo, mientras se sentaba, caminaba, iba, volvía y seguía leyendo, yo le pregunté: “Che boludo, ¿que pasó?, ¿por qué todo esto?”. Y bueno, él negaba y decía que eso no era así, que qué sé yo. Me pedía por favor que le creyera, que no me estaba mintiendo. “Por favor, por favor, por favor”. Silencio. Yo le dije: “Mira, no sé. No sé qué pensar”.

Ese día, Rafael se quedó mirando mientras su amigo seguía sumido en la desesperación y se le iba deformando la cara a medida que leía los tuits. Después de un rato, Alan se largó a llorar, se metió en la pieza y esa fue la última vez que lo vio.

La guitarra

## El mensajero

La habitación de Iván da hacia las medianeras de algunos de los edificios céntricos de Rosario. Sobre el escritorio de madera, reposan desordenados unos cuantos libros de poesía. Ante el mensaje que lo invita a contar la última vez que lo vio a Alan, se sienta en la cama, respira con calma y premedita cuál sería la mejor manera de enviar este audio:

—Me parece buena idea, antes de contar el encuentro que tuve con Alan, después de todo lo que pasó, contar un poco la previa. Mi relación con él y por qué le termino dando mi guitarra. Como para empezar desde el principio.

Mi relación con Alan es ese tipo de relación que no sabes si llamarle amistad o qué, porque

decís “es un amigo” cuando te referís a él, pero no abarca todo lo que conlleva, quizás, un amigo. Sino que, es de esas situaciones que se dan mucho, por lo menos acá en Rosario, que es como una gran burbuja en la que, de alguna manera, todos tenemos algún amigo o amiga en común con otra persona. Sobre todo cuando estamos dentro de una misma movida. Todos vamos a los mismos lugares, que no son muchos, y curtimos la misma música, y bueno.

Alan era parte de un grupo de amigos y ese grupo de amigos, a su vez, tenía amigos en común con mi grupo de amigos, con gente de mi escuela. Entonces, muchas veces se daba que terminábamos compartiendo algunas noches, alguna salida, algún recital.

Cada integrante, de cada uno de esos grupos, iba pegando más o menos onda con las personas del otro grupo. Alan se integró bastante bien al mío. Nos encontrábamos seguido, en alguna junta. Nos juntábamos con mi grupo de amigos y ahí estaba Alan, por así decirlo, como uno más. Como un nuevo integrante.

A mí me pareció una persona agradable. Un loco inteligente, con un buen sentido del humor. Me hacía reír mucho.

Daba a verse como una persona con la que po-

días tener varios tipos de charlas. Quizás se daban charlas más superficiales, la mayoría de las veces, porque nunca entablamos un vínculo de amistad en el que fuéramos a zonas más profundas. Era más bien un “ranchaje”, compartir algunos ratos, distraerse, divertirse en la noche y bla bla bla.

Con el tiempo, esos encuentros se fueron repitiendo cada vez más. Fuimos tomando un poquito más de confianza entre ambos y en un momento, me compré mi primera guitarra. Creo que alguna tarde la llevé al parque, una tarde en la que fuimos juntos, con Alan y otros amigos. Él sabía tocar y también tenía algunos conocimientos de luthería, entonces se dio cuenta de que por ahí, a la guitarra le vendría bien una calibrada y se ofreció a calibrarla él.

A mí me vino joya. Coordinamos un día, la pasó a buscar y se la llevó a su casa.

Pasó una semana y en el medio de esa semana, en las redes sociales, explotó una ola de escraches a varias personas. Entre esas personas, estaba Alan. Creo que de ese grupo, él fue por el que mayor cantidad de personas salieron a contar distintos tipos de secuencias que habían vivido.

En un principio, a mí no me sorprende nada de nadie. Cualquiera puede esconder una parte oscura, una parte de su personalidad. Sobre todo

cuando es alguien que no conozco a fondo. Y a su vez, me costó creerlo. Pero por una cuestión mía, de que no soy de creer casi nada a la primera. Me gusta indagar y darle una posibilidad, sobre todo en casos así tan delicados como este. Pero llegó un momento en el que eran tantas personas y tan cercanas a él...

Entonces me empecé a preocupar por mi guitarra. Porque Alan se borró de todo lo que podíamos imaginar como algo virtual. Redes sociales, chau. Celular, chau. Todo. Era imposible contactarse con él.

A su vez, en este momento, imaginé que a él le debería chupar una hectárea de huevo mi guitarra. Su cabeza debía estar en cualquier otro lado, menos en mi viola. Le reventé el teléfono a llamadas, pero era imposible contactarme. Así que, básicamente, tenía que esperar a que él decidiera comunicarse conmigo.

Creo que uno o dos días después de que sucediera el escrache, yo estaba en la Siberia. Había salido de cursar, ya me estaba volviendo a mi casa y me llaman al celular. Un número que no tenía agendado. Era Alan.

Nos pusimos de acuerdo para que me devolviera la guitarra y me alivió un montón saber que no se iba a hacer el boludo. Pero también me ge-

neró un montón de incomodidad. Me puse a pensar en la forma en que tenía que actuar cuando fuera hasta su casa, verlo cara a cara. Todo.

Así que, si no me equivoco, esa misma tarde pasé con la bici. Es más, creo que fui en ese mismo momento, directamente desde la Siberia hasta su casa.

Me acuerdo que me abrió la puerta y tenía un semblante muy decaído. Casi ni me miraba a la cara. Miraba para abajo, como una persona muy tirada. Muy bajoneado. Bajoneado mal. Y a mí, cuando me abrió, me sorprendió que no tuviera mi guitarra. Yo pensé que me iba a dar la guitarra, yo rajaba y zafaba de toda esa situación incómoda con la cual ya venía maquinando.

Haber tenido que entrar, fue toda una cosa...

Me sirvió un vaso de agua y fue a buscar la guitarra. Yo estaba ahí, intentando no preguntar nada ni indagar mucho en la situación porque sentía que no teníamos la confianza suficiente como para hablar de eso. Y la verdad es que yo ya había tomado una postura en la que no me quedaba duda de lo que había pasado. Además, pensé en que él no se iba a sentir para nada cómodo hablando de todo eso conmigo. Con algo tan fuerte como lo que acababa de pasar, imaginé que no iba a tener intención de compartirlo conmigo.

En ningún momento le pregunté absolutamente nada. Casi fingí que no estaba sucediendo nada. Y es él, el que me saca el tema. No recuerdo muy bien, pero me dijo algo como: “Yo no lo puedo creer.”

Me acuerdo que le respondí que a mí, al principio, también me había costado creerlo, pero que después de empezar a ver que era tanta gente, la verdad es que no me quedaban dudas. Creo que yo le pregunté qué era lo que él pensaba de todo eso y me dijo que lo que contaban había sucedido, pero no en la forma en la que lo habían contado. Había sucedido de otra manera, y todo eso tenía un contexto que no estaba explicado, no estaba contado. Entonces eran hechos sacados de todo un contexto, que por sí solos parecían una cosa que no eran.

En un momento mencionó que quería llevar todo eso a un plano judicial, porque no podía ser que lo estuvieran denigrando así, con todas esas cosas que no eran verdad.

Recuerdo que le decía que me había costado creerlo, pero que veía que eran muchas personas y le mencioné que yo había tomado una postura fuerte cuando vi el escrache de Laura, una de sus mejores amigas.

Entonces vos decís: si la mejor amiga está con-

tando eso... qué se yo...

En todo caso, si nada de eso es cierto, esperas que tus amigos más cercanos estén ahí. Y si tus amigos más cercanos te están dando la espalda, es porque hay mucha probabilidad de que todo eso sea cierto. Pero ni siquiera era que Laura le estaba dando la espalda, sino que estaba contando que había sido abusada por él.

Al irse de las redes, él nunca se había enterado de eso. Se enteró ahí, en ese momento en el que yo se lo estaba diciendo. Y puso una cara... quedó totalmente descolocado.

No se lo esperaba para nada. Enterarse, en ese momento, de que su mejor amiga también lo había salido a escrachar, lo dejó con una cara de total desconcierto. Intentó retomar lo que venía diciendo, esto de tomar las cosas en un plano judicial y me contó un poco de una de las chicas que había sido su pareja y me contaba que tenían una relación muy tóxica entre los dos y que se daban mucho esas situaciones de mierda, pero insistía con que lo de las otras chicas no había sido así como lo contaban.

Qué sé yo... La verdad es que yo lo escuchaba. Daba lugar a lo que él me estaba queriendo decir, pero me parecía que era irrefutable todo lo que habían publicado contra lo que él me estaba di-

ciendo. Así que no profundicé mucho más en la conversación. Me limitaba a asentir, a decir “Ajá. Sí. De una”. Y bueno, él estaba muy indignado, muy dolido.

Ahora, mirándolo en retrospectiva, pienso que el loco llegó a un nivel de psicópata tal, que quizás había pensado ya desde antes, cómo iba a actuar conmigo. Que ya había premeditado tomar esa postura de alguien totalmente dolido y desconcertado por la situación. La preocupación que él planteaba ahí no me parecía real. Mirando para atrás, lo veo todo como un *acting* para intentar convencer. Porque a su vez, era muy poco probable que otra persona entrara en contacto con él después de lo que había pasado. Y se dio por casualidad (por la guitarra), que yo fui a su casa. Entonces, yo era como una especie de mensajero. Era obvio que lo que sucediera ahí adentro, yo lo iba a charlar después con ese gran grupo de amigos afuera.

Incluso, con el tiempo, me he encontrado con mucha gente que me decía: “Ah, vos sos el de la guitarra de Alan”. Gente que yo ni conocía. Un poco me daba gracia, porque me hacía pensar en cómo se esparce todo, así, tan rápido.

Esto ya es un pensamiento muy mío, pero creo que él tuvo la intención de que yo sea como una

especie de mensajero. Mensajero de su postura, para intentar, por lo menos, reivindicarse un poco. Pero fue todo tan tremendo que era imposible.

Me llevé mi guitarra, lo saludé con cierta amabilidad, pero no me comí el viaje de su historia.

Estoy intentando recordar más detalladamente todo, pero fue un suceso muy cortito. No estuve mucho tiempo en su casa y la verdad es que tenía muchas ganas de irme de ahí rápido.

Acerca del dispositivo  
y sus restos

## 1. Miranda

—Siento que fue algo útil para el momento. Fue la herramienta que encontró el feminismo, que encontraron las pibas, de una forma muy autogestiva. Y eso me parece muy valioso. Porque no es que alguien impuso algo. Se fue dando. Se dio muy naturalmente y todas encontramos ese recurso para que nuestra voz valiera algo.

Miranda afirma eso, aunque también reconoce que tuvo un efecto demasiado punitivista para su gusto. Pero al mismo tiempo, entiende que fue una reacción y que las reacciones, a veces, no se pueden controlar. Califica al dispositivo como algo súper genuino y por eso valorable. Algo que estuvo re bueno y que fue muy revolucionario.

—Todas las personas que conozco, que conta-

ron algo, sintieron lo mismo. Eso era impactante, porque era como decir, todas a la vez: “Sí, loco, la verdad es que a todas nos pasó algo”. Me acuerdo que yo pensaba que era re afortunada de que no me hubieran violado. Y, ¿cómo vas a pensar eso? El nivel de locura de leer gente que conozco a la que violaron y tienen una vida como si nada. Soy una afortunada, básicamente. Y me sentía re loca por pensar eso.

Fue algo que movilizó al mundo. Miranda tiene amigas y conocidas que gracias al movimiento, se dieron cuenta o reaccionaron ante situaciones de violencia que habían sufrido dentro de sus familias. Cosas grosas. Y sostiene que, fue un momento en el que “te empezás a replantear todos tus vínculos con los varones”.

—Yo tengo hermanos y tengo papá y me puse a replantear todo eso. Todas las parejas que había tenido, mis amigos, todo. Todo, todo. Era re loco. Te replanteas tu vida, básicamente.

En conclusión, afirma que fue algo positivo. Que tuvo un efecto positivo y necesario.

—¿Pensaste alguna vez, en hablar con él y escuchar su versión?

—Sí. Sí. Sí. Yo en un momento me sentí muy mal, muy culpable. Sobre todo cuando veo esto que publican en el EPEC, de él como un violador,

porque dije: “Pará un toque. Esta persona vino a mi casa, estuvo conmigo mucho tiempo y no es eso”. Me pareció muy fuerte, me empecé a sentir culpable y me acuerdo de que me alivió mucho saber que sus amigos estaban preocupados por él. Que tenía un grupo de amigos, dos o tres, que estaban preocupados por él y que querían ayudarlo. Eso me pareció lindo, humano. Propio de una persona. Porque sí, hizo cosas horribles. Pero no es un monstruo, es una persona. En todo caso, es un monstruo humano.

De todas formas, cuando piensa en Alan, no se lo imagina arrepintiéndose, sino más bien, justificando todo. Queriendo encontrar una vuelta para no ser culpable. Pero reconoce que puede estar equivocada y que quizás, él sí se arrepiente. No lo sabe. Igualmente se retracta y afirma que si se hubiera arrepentido, no se hubiera borrado.

—Hay pibes que se quedaron y que, de alguna manera, rearmaron una vida nueva. Él huyó. Y si huís, para mí es una forma de decir “tengo por qué huir”.

## 2. Luciano y Tomás

—¿Qué pienso del dispositivo? Qué sé yo. En un tiro no sé si lo puedo juzgar. No lo juzgo, de hecho. Creo que pienso lo mismo de cualquier dispositivo de linchamiento, por decirlo de una manera. Que apunta, sin quererlo, a la muerte de la persona. Apunta a la destrucción total de la persona. Es completamente destructivo, no me parece constructivo y me parece que todos nos hemos dado cuenta de que, a largo plazo, no es algo que se pueda sostener para construir nada mejor, porque es sólo destructivo.

El sol ya desapareció, Luciano se pasa una mano por el pelo decolorado mientras reflexiona acerca de si el dispositivo fue, o no, necesario. No lo sabe, quizás sí. También siente que se trata de

instancias “medio cíclicas”. Que históricamente se vuelve a tomar ese mismo dispositivo de linchamiento, reversionado, pero que a largo plazo no construye nada.

—A mí me parece interesante. Siento que fue necesario y que me hizo repensar cosas que, como chabón, nunca había pensado —desentona Tomás—. Es una verga que se haya tenido que llegar a extremos así para tener que repensarse como individuo, pero sí creo que me hizo analizar actitudes mías. De lo que sea. De quien sea. De chabones y mías, que nunca había analizado. Para corregirlas o por lo menos no sé, para concienciarlas.

Luciano concuerda. Y cree que, no sólo le pasó a los chabones, sino que todo el mundo se puso a revisar sus “historias sexo-afectivas” en búsqueda de señales de violencia, o de cosas que no estuvieron tan bien.

—Yo en ese momento hablé mucho con las chicas con las que había estado. Con algunas. Fueron un revise constante todos esos días. Todo ese tiempo. Todo ese año diría yo. Fue bastante extraño psíquicamente —piensa Luciano.

Tomás bebe un trago de vermut y confiesa que no le parece que haya estado bueno el mecanismo del dispositivo porque “el loco desapareció”.

—Simplemente desapareció de esta sociedad, de Rosario. Está en otra. No sé ni siquiera si está reflexionando acerca de lo que pasó, si está haciendo todo de vuelta, o si está en un pozo depresivo que lo puede llevar a cualquier cosa.

—¿Hoy, hablarían con él o lo dejarían todo como está?

—Preferiría cruzarlo. Cuando imagino mi encuentro con el fantasma, me lo imagino cruzándomelo —admite Tomás.

—Sí, yo también. He soñado incluso, que me lo cruzo. Y lo saludo como a un viejo amigo en mi sueño. Como a una persona que no veo hace mucho. En el fondo yo espero que esté bien —afirma Luciano.

Tomás cree que hoy no le hablaría, porque tendría mucho miedo y tendría que pensarlo un montonazo. Sin embargo, imagina que se lo cruza, que lo saluda y que hablan de cualquier cosa, o de Pink Floyd.

—Yo de Led Zeppelin. De hecho, tengo una pulsera gorda metalera de Led Zeppelin que me dio él. Cada tanto la vuelvo a encontrar... Qué risa —confiesa Luciano mientras sonrío.

### 3. Rafael

Los tres días que estuvo en la casa de su amigo sintió desesperanza. Rafael no sólo se sentía angustiado, sino también, frustrado. Frustrado desde la confianza y al mismo tiempo, preocupado porque nadie sabía muy bien qué hacer. Cuenta que fueron días de pura ansiedad. De fumarse cuarenta cigarrillos por minuto. “Casi al borde de la inanición”.

—Yo no sé muy bien cómo tratar todos estos temas y no sabía muy bien con qué perfil me iba a encontrar del loco. Porque Alan es una persona bastante camaleónica y muy cambiante en un montón de aspectos, entonces pensaba: ¿si se defiende qué hago? ¿Y si asume todo?, ¿qué hago? En ninguna circunstancia sabía muy bien qué ha-

cer. Sólo sabía que necesitaba que el loco se exponga. Intentar que el loco rompa la careta que venía teniendo, de cualquiera de los dos lados. Del lado que lo dejaba mejor parado o del lado que lo dejaba peor parado. Daba lo mismo.

A toda la situación, se sumaban las últimas actitudes de enajenamiento de Alan. Su mala onda, las veces que se aislaba. Entonces Rafael pensaba: “Bueno loco, a ver, ¿qué onda?, ¿quién sos de repente?” Nadie entendía nada y todos tenían la curiosidad por ver si “el loco” iba a seguir sosteniendo un personaje o no. Pero al final, nadie tuvo la chance de saberlo.

—Lo poco que sabía, era por la madre y era que estaba muy mal. Yo mientras, pensaba: “No sé qué le pasa a este loco, o quién es, y tampoco sé muy bien qué carajo soy yo con todo esto”. Ya no me importaba que la gente me señalase y me dijera “Ah, el amigo del violín”, sino que me importaba más pensar en qué iba a pasar con la persona que yo veía casi todos los días. De cierta manera, me enajené de toda la relevancia social y me importó más él.

A lo triste de toda la situación, a Rafa también se le sumaba que Nora lo odiaba por haberse ido. “Me odió por eso. Me lo dijo. Me dijo que era un traidor. Me lo dijo en la cara”.

Rafa nunca supo muy bien qué habrá pensado Alan sobre él. De que su amigo, que era como un hermano, no hubiera estado ahí para bancarlo. Hasta el día de hoy, él sostiene que le hubiera gustado saber su versión. Haber escuchado su lado y porqué hizo lo que hizo.

Cuando piensa acerca del dispositivo, se toma un tiempo “para masticarlo” porque cree que está tan desactualizado, que habría que desempolvarlo.

Prefiere no clasificarlo en términos de bien o mal, efectivo o no efectivo. Sostiene que “fue una herramienta que en el momento era la herramienta que tenía que ser.” Pero sí cree que existen ciertas prácticas que no llegan a un puerto útil. Que existen varios ámbitos, en donde no se han desarrollado prácticas que ayuden a sobrellevar situaciones semejantes. Y dejando de lado los ámbitos académicos o institucionales, se refiere simplemente a un ámbito tan cercano como el de la amistad. También se pregunta acerca de qué clase de apaño podemos dar en circunstancias en las que la persona que tenemos al lado comete un acto imputable.

Rafael cree que hubiera estado bueno conocer otras herramientas, otras prácticas que pudieran abordar la situación de otra manera.

—Fuiste una verga, pero está buenísimo poder sentir la confianza y el amor al mismo tiempo, de poder decírtelo. Porque estamos hablando. Lo que pasó con él, fue que no se habló. Y salieron de repente un montón de cosas que nadie sabía, capaz que justamente por no haber hablado. Te fuiste a la mierda, pero lo podemos hablar. Desde el amor y desde la comprensión. Pero eso no pasó.

Rafael recuerda cuando Nora le dijo traidor y pensó: “Pero él también me cagó”. Él también traicionó su confianza y no le contó nada de lo que había hecho.

—Si yo estaba todos los días al lado de él, ¿por qué no confió en mí para contarme lo que sea?

Nadie supo muy bien cómo accionar. Ni Rafael, ni los otros amigos de Alan, ni las amigas. Recuerda al movimiento #Cuéntalo como “una balacera que sucedió de repente y que nadie supo muy bien cómo atajar”.

—La globalización que han generado las redes sociales, desde mi punto de vista, implica que todo lo que sucede en el mundo te toca o te tiene que tocar sólo porque sabes que está pasando. Y yo creo que eso es una pifiada, porque a veces hacemos demasiado hincapié en las cosas que están “allá”, pero “acá”, alrededor tuyo, también pasan cosas y no nos hacemos cargo.

Agrega también que lo único que le recriminaría a “la chispa generada por el #Cuéntalo” es que, después de eso, nadie se tomó el laburo de ahondar un poco más en la cuestión emocional.

—Porque en el instante es una cosa. Ahora, el tema es cuando pasa el tiempo: una semana, dos semanas, tres semanas y después no sabes qué hacer con eso. Volvés a leer lo que publicaste y decís: “¿Qué mierda hice?”

Dice que le pasó a varias amigas que hicieron los escraches. Esto de no saber qué hacer después. Que toda esa responsabilidad de haber expuesto, de haber escrachado a alguien, les resultaba agotadora y no encontraban la forma de procesar el para qué habían hecho lo que habían hecho.

Recuerda también, cuando se empezó a poner en juego esto de que el #Cuéntalo quizás no era lo más correcto porque generaba más violencia. Aunque cree que tal vez, no era el dispositivo el que generara más violencia, sino que, “somos todos unos mutantes que no sabemos qué hacer cuando nos sentimos mal con las cosas que nos pasan”.

¿Pensás en él?

## 1. Miranda

—La verdad es que ahora no. Ya no lo pienso. Por eso tenía miedo de venir. Porque pensé que no me iba a acordar de nada. Antes por ahí lo pensaba más. Pensaba en cuál andaría. Cada tanto igual, un pensamiento por año tengo.

Miranda a veces se lo imagina en un campo o en una granja. Con animalitos, viviendo de una manera primitiva, en el buen sentido. En su casa, tranquilo. Lejos de la ciudad. A veces le pasa que cree verlo en algún lado. Le pasa seguido. Dice que hay mucha gente parecida.

## 2. Luciano y Tomás

—Perdón pero, antes de seguir, me quedé pensando en algo de lo que me arrepiento. Al año me di cuenta... cómo no le mandé un mensaje a la Nora cuando estaba acá. Porque tenía el número de ella pero no le escribí. También siento que dejé ir todo y no presioné tanto como para formar parte, o para saber en qué andaba el gordo y todo eso —se auto interrumpe Tomás.

—¿Y qué le hubieras mandado?

—“¿Qué onda? ¿Cómo está Alan? ¿Dónde está?” Pero me hice el boludo. Con la lectura de los años digo “me hice el boludo”, porque me di cuenta al año siguiente. Ahora que sé que Nora se fue, pienso: “¿cómo mierda no le mandé un mensaje?” Pero tampoco le mandé al año siguiente.

Tomás intenta explicar(se) que hubiera podido aparecer y formar parte. Acompañar a Nora y a Alan en toda la situación. Que quizás hubiera podido estar ahí como un amigo, pero que no supo cómo.

Luciano lo acompaña y dice que a él le pasó lo mismo. Que tuvo un impulso pero que en la práctica no supo cómo “estar”. Y que a medida que fue pasando el tiempo, se hizo cada vez más difícil y simplemente dejó que “la situación suceda”.

En ese momento dentro de ese grupo de chicos, el de sus amigos más cercanos, se habló mucho de él. Sobre su persona, sobre dónde estaría. Ahora, a veces, también hablan de él.

—Siempre, de vez en cuando, sale un chiste, algún recuerdo —admite Tomás con tranquilidad.

—Y sí, era una persona muy chistosa —concorda su amigo.

—Siempre sale un chiste. Hacemos como un *cover* de un chiste de él.

—¿Hasta el día de hoy?

Ambos a la vez, se miran y se ríen:

—Hasta el día de hoy.

Sonríen. Hacen chistes internos con la voz de Alan. Se ríen. Cesan las risas. Silencio.

—Yo sí pienso en él. Volviendo a la pregunta. Pienso en él y en dónde está. De vez en cuando

escucho el disco de Retro y hay un comentario de él en Youtube. Varias veces hice esto: abro su perfil, veo que no tiene nada, lo busco en Facebook, no lo encuentro, lo busco en Instagram, y finalizo buscándola a la Nora, que está, pero tiene la cuenta en desuso. Tiene una foto de un caballo corriendo en el mar.

Ambos recuerdan haber visto cuadros con esa imagen del caballo en el mar, en un bar y en una óptica de Rosario. Ninguno de los dos sabe en dónde está Alan, pero dicen que lo último que escucharon de él, era que se había ido a Buenos Aires con su mamá. Imaginan que rehizo su vida y que no le contó nada a nadie. También se lo imaginan retraído, “más ermitaño que nunca”.

### 3. Lila

En aquel entonces le llegó el rumor de que estaba en Buenos Aires. Lila tampoco sabe dónde está pero cree que debe ser fuera de Rosario, porque sino alguien ya lo hubiera visto.

—Pienso que se habrá ido a reiniciar su vida a Buenos Aires. Me lo imagino estudiando algo, haciendo nuevos amigos. Pero muy afligido. Arrepentido y dolido por todo. Totalmente arrepentido, con una herida que nunca pudo cerrar o sanar.

Le da lástima y la pone mal pensar en que Alan pueda haberse sentido solo. Asegura que todo lo que pasó, es algo que lo va a acompañar todo el tiempo. Y piensa en que ojalá haya podido reiniciar su vida y ser una buena persona, aunque en el fondo, tenga que convivir con algo que lo marcó

para siempre.

#### 4. Rafael

Ya no aparece tanto en su vida, pero tampoco lo analiza demasiado. Rafael sigue ocupándose de lo que le toca a él en su día a día, y entonces, ya no lo piensa tanto. Aunque admite que, en sus “momentos de sensibilidad”, está él. Él, la madre y el padre también. Porque son parte de su historia y no dejan de formar parte de su vida.

A la vez, reconoce que toda la situación le sirvió para reflexionar acerca del coraje y de cómo enfrentar situaciones así. Y lo tiene en cuenta, para no volver a actuar igual. Reflexiona y asume que todos somos personas, que hacemos lo que podemos y que tampoco hay que desvivirse porque “si te *crashea*, te *crashea*”.

—Se me ha aparecido en sueños, alguna que

otra vez. Pero nunca con voz. Eso es re loco. Nunca más con voz. Literalmente quedó como un ente.

Cuando se imagina en dónde está, sólo espera que haya encontrado felicidad. Y que ojalá haya caído en la cuenta de que, la mayoría de las veces, lo que hacemos afecta a un otro.

Acerca de los efectos que se observaron a partir de la institucionalización de las políticas de género es que justamente, según Mariángeles, la falta de institucionalización de alguna manera contribuyó a generar todos estos espacios de escraches.

—Cuando digo la falta de institucionalización, digo que las instituciones se hacían las sordas con cosas que venían sucediendo desde hacía un montón de años. Y cuando digo las instituciones, digo las universidades, las escuelas, sobre todo las que trabajan con adolescentes, las familias. Parte de esta cultura del escrache o estos procedimientos de escrache, tuvieron que ver con no tener ningún espacio en donde poder decir: “Che, esto es un bajón, esto me está pasando, esto me está molestando.” Y a su vez, cuando esos espacios se crearon, se crearon con la intención de darle cobijo, oído y atención, a las personas que expresaban que eran víctimas de violencia. Pero al día de hoy, todavía

no está resuelto qué hacer con quienes ejercen violencia. Más allá de señalarlo, ¿no? En general lo que apareció fue eso: el señalamiento.

Además, agrega que también hay una gran discusión social acerca de qué cosas estamos haciendo para tratar de reparar las violencias. “Lo que la sociedad reclama, y eso excede a los feminismos, son sanciones punitivas” ¿Qué hacemos con adolescentes o personas jóvenes que fueron socializadas para hacer el varón canchero que puede hacer todo y después empieza a vivir en una sociedad en donde le dicen que eso está mal? Todavía no logramos encontrar herramientas que reparen a las personas que se sienten violentadas, si no es a través del castigo. Tampoco encontramos modos para transformar las prácticas violentas, que son prácticas aprendidas.

—Ese es el hueco que todavía tenemos y cuya consecuencia es también, la existencia de una gran cantidad de varones enojadísimos, que consideran como enemigo fundamental a los feminismos, a la perspectiva de género. Y otra consecuencia que veo, es la dificultad que están teniendo las personas, sobre todo las personas más jóvenes, para establecer relaciones sexo-afectivas. Hay una crisis de salud mental que está vinculada a una crisis de soledad. Hay un temor a tener vínculos

que no sean buenos. Existe esta preferencia de querer aislarse y mantener relaciones con robots, a distancia, o a través de plataformas, pero no de establecer vínculos con personas reales.

Mariángeles menciona también, otro efecto no deseado de todo esto y es que se construyó un lugar de las mujeres, vinculadas solamente a la noción de víctimas. Posicionó a varias generaciones, a muchos grupos de chicas, en el lugar de víctimas. Y además, esta idea de que cuando sos víctima tenes licencia para decir y para hacer cualquier cosa.

Sostiene que hay que pensar en los dispositivos de los alrededores, en aquellas situaciones en las que las personas no han sido víctimas, pero que igualmente adherían al hashtag. Esta cuestión de los mecanismos identificatorios que tienen los medios de comunicación en general y que se ven multiplicados en las redes sociales.

—Entonces me pongo en el lugar de víctima, y no construyo un lugar que pueda fortalecer o activar algún tipo de respuesta que no sea violenta. Una respuesta que me haga bien a mí y que le haga bien a mis vínculos, que permita establecer conversaciones. Me parece que la gran cuestión es cómo se cortaron las conversaciones. Ese es un problema de nuestra época. Y tal vez una manera

de repararlo, sea encontrando dispositivos que nos permitan abrir conversaciones.

Ya van varios años en los que, cada tanto, alguien se anima a poner el nombre de Alan en el buscador digital. Algunos de sus amigos lo buscan en Twitter, en Facebook, en Youtube, o incluso cuando juegan en grupos al *Counter-Strike*. Al encontrarse siempre con los mismos resultados, los escraches viejos en Twitter y la publicación de un blog feminista en Brasil, la búsqueda se abandona y el fantasma vuelve a esconderse. Pero hace poco apareció una pista ¿Nadie la había visto antes? Su nombre, su apellido y su documento, aparecen en una larga lista color azul y celeste. En el “Padrón Definitivo de Estudiantes” de una Facultad de Argentina.

Y ahora que podemos saber qué estudia y en dónde vive, que nos permitimos pensar acerca de lo que nos pasa y de lo que nos pesa, que empezamos a darle forma a eso que nos pone mal y a eso de lo que nos arrepentimos. Y ahora que todo esto... ¿Qué?

